

NEW LEFT REVIEW 123

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2020

	ARTÍCULO	
ROBERT BRENNER	Saqueo pantagruélico	7
ENTREVISTA		
ROBERTO SCHWARZ	Neoatraso en Brasil	29
ARTÍCULOS		
SHARAD LELE	Ecoestrategia desde el Sur global	43
MAO JIAN	Sobre la pestilencia y el amor	69
WOLFGANG STREECK	La segunda teoría de Engels	77
CARLO GINZBURG	Galileo y los censores	94
MONIQUE SICARD	Eutopía	115
FRANCIS MULHERN	En la contaduría académica	121
CRÍTICA		
LORNA FINLAYSON	¿Las reglas del juego?	141
JULIAN STALLABRASS	Ironía error	151
ADRIAN GRAMA	Negt sin Kluge	159

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

FRANCIS MULHERN

EN LA CONTADURÍA ACADÉMICA

A LO LARGO DE la década pasada, Stefan Collini se ha ganado el reconocimiento general en el país y en el extranjero por su crítica incisiva contra la política de educación superior que el Reino Unido lleva implantando desde la década de 1980, indistintamente con gobiernos conservadores y laboristas. En esa crítica no ha estado solo, por supuesto: Andrew McGettigan ha ido desenredando incansablemente los enmarañados hilos de ilusiones, cinismo, dogma y absoluta imprudencia presentados como un conjunto de políticas y prácticas financieras racionales, tanto en el gobierno como en las propias instituciones académicas, mientras que Helen Small –por tomar solo otro de los ejemplos notables– ha abordado un tema muy distinto, emprendiendo una evaluación crítica de la actual gama de argumentos en defensa de la educación en humanidades¹. Pero la producción de Collini ha destacado por su energía y su amplitud crítica: a lo largo de la pasada década ha dado conferencias en universidades de Australia, Portugal, Estados Unidos, Italia y Países Bajos, así como en varias instituciones clásicas del sistema británico; ha pronunciado discursos en congresos de diferentes tipos, en sindicatos y en un comité parlamentario en Westminster; y ha escrito artículos para publicaciones impresas en las que es desde hace tiempo un nombre conocido, como la *London Review of Books* y *The Guardian*. Su gama de temas abarca desde las finanzas a la axiología, sostenes de una dedicación global al estudio que incluye la apoteosis de la gestión y la métrica, el análisis de

¹ Andrew McGettigan, *The Great University Gamble: Money, Markets and the Future of Higher Education*, Londres, 2013; Helen Small, *The Value of the Humanities*, Londres, 2013.

las absurdeces inherentes a la evaluación oficial de la investigación y la enseñanza, la posición de los estudiantes y los méritos relativos de los diferentes tipos de apoyo a la investigación y a la actividad académica. De estas diversas ocasiones, sendas intervenciones en un solo campo de estudio, proceden los textos que componen el grueso de su segundo libro sobre el tema, *Speaking of Universities*².

Esta ha sido siempre la forma de trabajo preferida de Collini. Es un practicante comprometido y hábil del periodismo culto, un maestro de lo que Bagehot denominó, a mediados de la década de 1850, «el ensayo a modo de reseña y la reseña a modo de ensayo»³. Sus libros son mayoritariamente recopilaciones específicas de esos artículos individuales. Los dos volúmenes gemelos titulados *Common Reading* y *Common Writing*, de 2008 y 2016 respectivamente, vienen notablemente al caso. Entre ambos contienen treinta y siete capítulos compuestos en gran medida a partir de treinta reseñas sobre aproximadamente sesenta títulos, el primero ofrecido a modo de «ensayos sobre cultura literaria y el debate público», y el segundo dedicado a «críticos, historiadores y públicos». Son prueba de una productividad envidiable y de las libertades inherentes a su forma prosística, aunque esos subtítulos parezcan un poco forzados, no conmensurables con su función de contener la diversidad que comprenden. Los relatos intelectuales de Collini se inclinan más al retrato que a los esbozos conceptuales: experimenta la desconfianza del liberal hacia «las pretensiones de completitud» y, por lo tanto, de lo que peyorativamente se denomina «etiquetado», tanto de los demás como de sí mismo⁴. Al mismo tiempo recela del tipo de historia que proporciona la ocasión para muchos de sus ensayos (la biografía, que normalmente da prioridad al detalle de una vida individual sobre las condiciones socioestructurales), mientras enseña qué podría hacerse en el marco del género literario con un virtuoso ejercicio de una sola frase sobre la estratigrafía cultural del objeto de análisis, en este caso el historiador conservador Arthur Bryant:

La figura a la que la elite cultural y política del Reino Unido había rendido honores en la abadía de Westminster en la década de 1980 había sostenido en la de 1950 una relación con un público definido en las de 1920 y 1930, al tiempo que escribía de la manera y con la confianza de un hombre de letras eduardiano que a su vez se esforzara por emular los logros de los historiadores victorianos⁵.

² Stefan Collini, *Speaking of Universities*, Londres, 2017. El primero fue *What Are Universities For?*, Londres, 2012.

³ Stefan Collini, *Common Reading: Critics, Historians, Publics*, Londres, 2008, p. 223.

⁴ S. Collini, «Rolling It Out», *ibid.*, p. 31.

⁵ S. Collini, «Believing in England», *ibid.*, p. 137.

El Bryant de Collini es el «historiador en cuanto hombre de letras», mientras el propio Collini es el historiador entendido como escritor, que trabaja conscientemente con una paleta retórica más variada que la del discurso académico convencional. Lúdicos a la par que «formales», sus recursos críticos incluyen todas las gamas de la burla, desde las picardías hasta la sátira. Sorprende también con qué frecuencia sus textos están modelados por una única metáfora dominante. Cyril Connolly va asociado, no por primera vez, a la buena comida y el buen vino. El hábito de escritura del historiador A. L. Rouse parece similar a la dipsomanía: «Difícilmente sorprenderá descubrir que era abstemio: no lo necesitaba». Y Stephen Spender, director de *Encounter*, la revista financiada por la CIA, aparece como un cornudo que se engañaba a sí mismo⁶.

No debería dársele demasiada importancia a ese inevitable elemento de diversidad, sin embargo. Las coordenadas históricas de Collini se han mantenido constantes a lo largo del tiempo: su campo es la cultura intelectual inglesa en los siglos XIX y XX, con firmes tendencias hacia el pensamiento histórico y literario, y ocasionales incursiones en Estados Unidos, como en los estudios sobre Edmund Wilson y Lionel Trilling. Y dentro de ese campo, uno de sus intereses relevantes ha sido la resistencia crítica al «declinismo», que Collini considera una fijación en la cultura. Recientemente ha dedicado un libro completo –originalmente las Clark Lectures dadas en Oxford en 2017– a estudiar este tema, sosteniendo que la crítica literaria inglesa que tomó forma en la primera mitad del siglo XX era de hecho una especie de historia cultural regida por premisas declinistas, un reducto de «la imaginación nostálgica» y, como algunos considerarían más tajantemente, un «imperialismo cultural inapropiado»⁷. La tesis general, en sus términos más amplios, les será familiar a muchos lectores, pero nunca ha sido elaborada con tanto detalle ni con el mismo soporte documental. El libro tardó mucho tiempo en gestarse, sin embargo, y años antes de impartir esas conferencias en Oxford, Collini había abierto otro frente crítico. El declinismo no era ya el principal objeto de interés, que ahora estaba constituido por una especie de opuesto: un programa, profundamente moderno y destructivo, para acometer la «reforma» del sistema anglo-británico de educación superior; no hay declive esta vez y no se trata tanto de una caída como un derribo obsceno.

⁶ Respectivamente, en S. Collini, «On not Getting on with it», «Disappointment» y «Believing in Oneself», *ibid.* (la materia citada se encuentra en la página 117).

⁷ Stefan Collini, *The Nostalgic Imagination: History in English Criticism*, Oxford, 2019, p. 206.

Tomando medidas

Los cambios no han sido uniformemente negativos. En las pasadas tres décadas, el número de universidades se ha triplicado (de cuarenta y seis a más de ciento cuarenta), mientras que la población estudiantil ha crecido prácticamente al doble de ese ritmo (de aproximadamente trescientos cincuenta mil a más de dos millones de alumnos), y Collini muestra un apoyo inequívoco a este «gran avance democrático»⁸. Sin embargo, añade, en ese mismo periodo de tiempo «toda la ecología de la educación superior en Reino Unido se ha transformado» de maneras no requeridas por la expansión del sistema: «La mayoría de los procedimientos que rigen la financiación, la evaluación, el “control de calidad”, el “impacto” y demás procedimientos que ahora ocupan buena parte del tiempo de trabajo de los académicos eran desconocidos antes de mediados de la década de 1980». Las normas de gobernanza han sido revisadas para promover el «control desde arriba» por parte de «equipos gerenciales» a expensas de los «vestigios de autogobierno académico». Las funciones esenciales de las universidades han sido reconvertidas discursivamente en elementos de una empresa, que deben gestionarse como tales; o como se piensa que se gestionan las organizaciones de ese tipo. En una reforma complementaria, la más conocida de todas ellas que no es un simple caso más de la programación lingüística generalizada del periodo, los alumnos han pasado a considerarse clientes: consumidores del mercado académico financiados ahora por un plan de endeudamiento público y no mediante becas cubiertas con los ingresos procedentes de la fiscalidad general y decididos a obtener una buena relación calidad-precio. Para muchas de las universidades se tratará de una disciplina saludable, sostiene el razonamiento oficial: la financiación económica directa de la enseñanza se ha eliminado o reducido a un complemento y el éxito en la competencia resultante por los estudiantes que pagan las matrículas es ahora esencial, algo que con el paso del tiempo predeciblemente reportará calidad. Para otras, es una oportunidad. En 2013 más de la mitad de las instituciones declaradas aptas para recibir recursos financiados por el Estado en concepto de matrículas –y para operar con niveles de reglamentación significativamente más bajos– eran instituciones privadas, tanto «con ánimo de lucro» como «sin ánimo de lucro», si bien en ocasiones estas últimas son iguales que las primeras pero disfrazadas organizativamente. También en ese año,

⁸ S. Collini, *Speaking of Universities*, cit., p. 24. Las cifras son de Collini.

gracias al intenso cultivo de los mercados estudiantiles emergentes en Asia y en otras partes del mundo, la educación superior se clasificó como el séptimo mayor «sector exportador» del Reino Unido⁹. En el transcurso de una generación, la educación británica se ha reconfigurado y, a tenor de las rúbricas más pertinentes, reconfigurado para peor. El resultado del proceso es, como se relata, analiza y evalúa en lo que resta del artículo, a pesar de toda la singularidad de su énfasis, un libro muy diverso, que exige una lectura detallada, principalmente entre aquellos para quienes esta triste historia británica tal vez no presagie todavía un futuro confirmado; un informe crítico, por el contrario, es mejor enmarcarlo en forma de resumen y en términos correspondientemente generales.

El término fundamental en el análisis crítico de Collini –el negativo que lo rige– es la *métrica*, comprendida como «el esfuerzo preferido en la actualidad, pero de hecho condenado al fracaso, por traducir los juicios de calidad informados en medidas cuantitativas calculables, para después reducir aún más esos indicadores a una única clasificación ordinal» en uno de los *rankings* que proliferan desde la década de 1980, que se han convertido en un objeto de atención y en un esfuerzo obsesivo en todo el sistema¹⁰. No cabe duda del ascendente del que disfrutaron las medidas cuantitativas en la evaluación de objetivos, propósitos y logros, lo cual incluye, cada vez más, como corolario negativo, la desaparición de consideraciones no aptas para los procedimientos cuantificadores. No puede aducirse, sin embargo, una objeción a los métodos cuantitativos como tales. Sería ingenuo y también inadecuado, dada la importancia fundamental de la cuantificación en procesos necesarios de administración y evaluación. (Después de todo, la formulación general de Collini sería una buena descripción del proceso de agregar, pongamos, dos docenas de «juicios de calidad» académicos para producir una clasificación ordinal final en la que se ordenen internamente cada clase). Lo objetable es el ascendente de la cuantificabilidad como condición necesaria para la importancia y la admisibilidad, una especie de reduccionismo trascendental en el plano de todo lo que *Speaking of Universities* ratifica como «juicio». No necesitamos mirar más allá del mundo familiar y degradado de la investigación académica. Los proyectos científicos y académicos hacen bien en estos tiempos en interiorizar las definiciones, las

⁹ En el actual curso académico 2019-2020, el número de estudiantes chinos matriculados en las universidades británicas asciende a ciento veinte mil y en solo una universidad –Liverpool– supone el 20 por 100 del colectivo estudiantil.

¹⁰ *Ibid.*, p. 57.

prioridades y las escalas temporales del Research Excellence Framework [Marco de Excelencia Investigadora, REF] (en otro tiempo, Research Assessment Exercise [Ejercicio de Evaluación de la Investigación] puesto en marcha en 1986) como condición principal para conseguir financiación institucional. La reputación –la consideración por parte de los pares y de públicos serios– es un índice de logro frívolo si no puede ser captada en puntuaciones y cuadros. Los *rankings*, en general, no solo reducen actividades particulares y específicas a una única escala numérica, sino que también ofrecen una compensación perversa al generar distinciones indetectables en la realidad práctica. Diez o quince instituciones pueden diferir dentro del rango del 1-2 por 100, pero el código visual del *ranking* –diferenciación igualmente espaciada en el plano vertical– vuelve graves y lapidarias esas trivialidades, las esculpe en piedra.

Las cantidades que más importan son las financieras y la tendencia principal ahora y en el futuro previsible es la de la cuantificación de segundo orden o financiarización. En la primera fase de la cuantificación, los propósitos, las prácticas y los logros intelectuales concretos se reducen a cosas contables (puntuaciones en el REF, resultados en el *ranking* de universidades, consecución de financiación externa). En la segunda fase, las propias puntuaciones se transcodifican en dinero, que pasa entonces a funcionar como la sustancia de la planificación y la evaluación. En las condiciones actuales, en las que las presiones económicas se intensifican, existe un peligro obvio de que la promesa financiera sirva de indicador privilegiado del valor académico; la financiabilidad se convierte en la prueba de validez decisiva. Los objetivos económicos dan lugar a las opciones académicas concretas. ¿Está este trabajo académico alineado con el REF y está bien situado para atraer ingresos externos? Si no lo está, cambia a otro trabajo que cumpla estos aspectos deseables. Sigue la pista del dinero... En la expresión apropiadamente marxiana de Collini: «De algún modo puede parecer que se ha eliminado el verdadero valor de uso del trabajo académico; solo permanece el valor de cambio de las mercancías producidas, calculado por las métricas»¹¹.

Este fetichismo es la principal consideración presente en la crítica de Collini a la cultura predominante de medición errónea, pero no la única. La segunda es que, incluso en sus propios términos deformantes, estas operaciones tal vez no estén midiendo todo lo que afirman medir. La idea de «impacto» de la investigación ofrece una ilustración sencilla.

¹¹ *Ibid.*, p. 152.

Tal y como es definida, esta métrica potencial descarta considerar el valor científico o académico de una investigación concreta para colegas y alumnos y su potencial interés para audiencias más amplias no especializadas a las que pueda difundirse: «el público», o los públicos, como prefiere Collini. Lo que, por lo tanto, queda por evaluar como «impacto» social posiblemente no sea prueba de la calidad de la investigación, sino un registro de cuestiones «extrínsecas», principalmente económicas, que pueden ser o no socialmente significativas, pero que en cualquier caso son contingencias incidentales para la investigación en sí misma. El Teaching Excellence Framework [Marco de Excelencia en la Enseñanza], que clasifica las instituciones en oro, plata o bronce, es un caso aún más claro: de las siete métricas aplicadas, incluidos indicadores tan atractivos de la excelencia pedagógica como los sueldos obtenidos por los graduados, ninguna tiene en cuenta la enseñanza real.

Estos procesos convergentes han favorecido la abstracción progresiva de las funciones universitarias y el trabajo de perfeccionarlos y defenderlos ha propiciado el desarrollo de un estrato organizativo de gestores-líderes igualmente abstracto. La tendencia ha sido desigual en un sistema universitario muy diverso, pero toda ella se ha movido en el mismo sentido. En un proceso de burocratización clásico, el poder institucional se concentra en un estrato de funcionarios especializados a expensas de las normas de definición de políticas y de gestión, que, aun sin ser completamente democráticas, sí tienen un carácter más inclusivo y colegial. Ello implica el debilitamiento o la abolición de convenciones tan familiares como la ocupación de cargos de responsabilidad durante un tiempo establecido o la rotación de quienes ocupan los distintos puestos de acuerdo con líneas acordadas y la ampliación, por el contrario, de un principio de permanencia concebido desde arriba que llega a los escalones más bajos, hasta el punto de que no solo los decanos sino también sus ayudantes especializados (los presidentes de comités permanentes de antaño) e incluso los jefes de departamento pasan a ser nombrados entre quienes contemplan estas funciones –o al menos las aceptan– como opciones profesionales estratégicas. El derecho a volver a las tareas ordinarias se suspende y para los dubitativos el cambio del contrato puede quemar las naves. En la aparición de este estrato directivo colaboran los procesos de reestructuración que él mismo ha facilitado a su vez, ya que claustros y escuelas se configuran y reconfiguran por razones más relacionadas con la economía y el personal que con las consideraciones académicas. La progresiva rarificación de los cargos directivos acentúa la vieja tendencia,

siempre latente en la división del trabajo organizativo, a cortar los vínculos entre los titulares de cargos directivos y la población académica. La dimensión representativa de la dirección académica desaparece de la vista no en el sentido democrático más estricto, que de todas formas podría no aplicarse, sino en el sentido de intuiciones y valores profesionales compartidos. De hecho, podría faltar ya desde el principio, porque un directivo profesional, a diferencia de un compañero más antiguo que asume el turno en un cargo de responsabilidad necesario, podría proceder de cualquier parte del sistema. Hay decanos hoy en día que ocupan su cargo sin una cualificación académica más avanzada que un máster en gestión de educación superior.

Ideas de una universidad

En consecuencia, una abstracción gestiona la fuerza de trabajo universitaria a la luz de otra abstracción con el objetivo de optimizar la cuota de mercado. El incremento de los salarios obtenidos por los graduados como indicador de calidad de la enseñanza es a su modo un epítome de la reestructuración general, tal y como Collini lo entiende. Junto con datos tan inestimables como los resultados de las Encuestas Nacionales a los Estudiantes anuales, señala la transformación de la población estudiantil en un colectivo de consumidores en busca de un buen valor y de una apreciable rentabilidad de su inversión a largo plazo. De ese modo, tienen una función estratégica que desempeñar, dinamizando las universidades, caracterizadas por «sus arcaicas estructuras de autogobierno, sus valores de alto rango profesional y su prejuiciada devoción por el conocimiento inútil», todos ellos «restos de una historia anterior»¹². Tal vez debería concedérsele a Collini un tono amargo en la voz. Y, sin embargo, este no es un relato de decadencia sino, por el contrario, un airado contrapunto en un relato de culminación o –no carente de sarcasmo– plenitud, en el que, siendo las tortillas lo que son, habrá que cascar los huevos. «Las universidades y la investigación –escribe Collini– se han ido situando bajo la égida de organismos cuyas principales preocupaciones son la empresa, el comercio y el empleo»¹³. Esa manera de expresarlo no puede evitar una nota *ci-devant* [arcaica] y equivocada, todo hay que decirlo, por bien fundada que esté la observación. Pero en otras partes Collini habla en términos que no pueden encajarse en el pasado. El

¹² *Ibid.*, p. 157.

¹³ *Ibid.*, p. 95.

«objetivo no declarado» de esta completa remodelación de la educación superior es «convertir las universidades en corporaciones guiadas por el mercado y regidas por los imperativos financieros del capitalismo planetario»¹⁴. Este propósito ha sido compartido por gobiernos conservadores y laboristas y está sostenido por algo más poderoso que cualquiera de ellos: «El impulso del capital y sus mercados para moldear la experiencia humana a su voluntad», lo que «difícilmente va a disminuir [...]».

La frase de Collini continúa: «[...] y tampoco va a disminuir, por lo tanto, el reconocimiento vacilante e incierto de que las universidades son una gran expresión de un ideal, todavía valioso, de búsqueda abierta de un conocimiento más pleno, que no se rige completamente por esa lógica económica»¹⁵. Se refiere a los textos incluidos en el género de «la idea de universidad» (título de la obra clásica escrita por John Henry Newman a comienzos de la década de 1850), a la que ahora Collini hace su propia aportación. ¿Cuál es la idea y cómo puede defenderse? Para empezar, la palabra «idea» tal vez sea una elección equivocada, como también tal vez lo sea verdaderamente la palabra «universidad», puesto que ambas son vulnerables a las elaboraciones esencializadoras que Collini se esfuerza por evitar, insistiendo siempre en el carácter histórico, en la diversidad de las instituciones así designadas, desde la Alta Edad Media hasta la actualidad. «Pero sí me pregunto –reflexiona– si no estaremos aproximándonos a un punto en el que el uso de términos como “universidades” y “educación superior” pueda [...] interpretarse mejor como el despliegue de un vocabulario heredado, carente de las premisas subyacentes que durante mucho tiempo le dieron sentido»¹⁶. Durante el siglo largo que transcurrió desde la aparición de la universidad europea moderna, a comienzos del siglo XIX, hasta la ola expansiva de las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial –el periodo de tiempo transcurrido entre Humboldt y Robbins– «hay un parecido de familia reconocible», una continuidad de pensamiento:

la idea de que la universidad es un espacio parcialmente protegido en el que la búsqueda de un conocimiento más profundo y más amplio tiene prioridad sobre la totalidad de los objetivos más inmediatos; la creencia en que, además de preparar a los jóvenes para el empleo futuro, el objetivo de desarrollar capacidades analíticas y creativas es un propósito social que merece la pena; la convicción de que la existencia de centros de estudio

¹⁴ *Ibid.*, p. 147.

¹⁵ *Ibid.*, p. 85.

¹⁶ *Ibid.*, p. 155.

desinteresados y la transmisión de un legado cultural e intelectual son bienes públicos evidentes en sí mismos [...]»¹⁷.

Pero la experiencia de crecimiento era engañosa, un veranillo que llegó a su fin al terminar el prolongado auge de posguerra e instalarse el tiempo inclemente. Observando la situación retrospectivamente desde una distancia de más de treinta años, Collini parece más dubitativo de lo que debe o debería ser: «Quizá estemos contemplando el cambio de la universidad modelada por la era socialdemócrata a la universidad que refleja la era de la política del individualismo de mercado». En estas condiciones –y haciendo referencia específicamente a las disciplinas de las humanidades– escribe que no puede haber expectativa realista de seguir beneficiándose «de la vieja deferencia a los ideales de la “cultura”»¹⁸. Recordando el nombre general de un movimiento anterior de purismo de clase voluntarista, podríamos llamar al nuevo orden *Marketcult* [cultura del mercado].

Términos de resistencia

Collini se muestra «poco optimista» acerca de las perspectivas de que surja en breve un contramovimiento político y ciertamente no sueña con una vuelta de las condiciones que imperaban durante *les trente glorieuses*. (De hecho, podría decirse que la aceptación en último término de un impuesto de posgrado como segundo mejor mecanismo de financiación –su primera opción es la financiación a través de la fiscalidad general progresiva– ya supone una concesión a la opinión generalizada de que la educación universitaria es un bien principalmente individual y no una inversión colectiva, necesaria y deseable). La prioridad inmediata de Collini es una resistencia como la anunciada en su elección de consignas de acción.

La primera, tomada de «Politics and the English Language» de Orwell, es un llamamiento a la lucha contra la «invasión» de las «frases hechas». El título de Collini es exacto: su libro trata del «hablar», del discurso que ha sido ideado y difundido en el Reino Unido durante aproximadamente las últimas tres décadas como la única forma válida de contemplar las universidades en la actualidad. El objetivo de Collini es «el lenguaje del informe empresarial, con su presentación incansablemente optimista de

¹⁷ *Ibid.*, p. 156.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 229-230.

la productividad, sus flujos de ingresos, sus alianzas comerciales y sus operaciones internacionales», que nos deja sin «manera de distinguir entre las actividades universitarias y las de las corporaciones empresariales a cuya imagen estas se están reconfigurando». Collini se plantea una burla incansablemente del formulismo acartonado de la burocracia académica –los «productos elaborados» [*deliverables*], que rara vez hacen referencia a conferencias o criaturas, como es posible expresar de acuerdo con algunas de las acepciones del término; la «excelencia», que no significa sobresaliente sino, aproximadamente, aceptable–, que en ocasiones es hilarante, como cuando anuncia a «nuestros viejos amigos Robusto y Transparente, los Rosencrantz y los Guildenstern» de esta plantilla repetitiva del negocio de la educación superior¹⁹. La función justificativa de las universidades, sostiene Collini, no es su aportación al crecimiento económico, ni el confuso objetivo «democrático» de la «movilidad social», o cualesquiera otros «propósitos inmediatos o instrumentales». Esto no debe confundirse, sin embargo, con una petición de que se exima al sector académico de la «utilidad» ordinaria. Ese criterio tiene en realidad una indicación muy diversa y siempre depende del contexto; y podría decirse que el familiar contraste del conocimiento «por sí mismo» es una descripción errónea de las diversas motivaciones que pueden estar en funcionamiento, de manera individual o más a menudo combinadas, ninguna de ellas comparable con las síntesis ideales de *l'art pour l'art*:

Tal vez una forma mejor de caracterizar la vida intelectual de las universidades sea decir que el impulso del conocimiento nunca puede aceptar una meta arbitraria y que la crítica siempre puede revelar en principio que cualquier meta aceptada en la actualidad es en último término arbitraria. El conocimiento humano, cuando no está encadenado a una tarea instrumental concreta, es incansable, siempre empuja hacia delante, aunque no en una dirección única, fija o completamente conocible [...] ²⁰.

Esa subida repentina del registro entre la primera y la segunda oración del fragmento es reveladora. Es una visión idealizada, el «mejor yo» de la universidad. Las «cadenas» de la proposición calificativa concesiva se presentan en forma de ausencia, es decir, de manera desiderativa; pero las limitaciones prosaicas que representan como sustitutas son no obstante reales e incluso forman parte integral de las búsquedas ordinarias de la institución académica, incluido su trabajo más avanzado. La formación, la transmisión

¹⁹ *Ibid.*, p. 166.

²⁰ *Ibid.*, pp. 233-234.

de conocimiento establecido, constituye una parte mucho más importante de lo que las universidades hacen, de lo que esas formulaciones admiten, más aún en el Reino Unido, donde siempre se ha hecho un fuerte hincapié en la enseñanza universitaria; los falsos intelectuales de Sartre, «técnicos del conocimiento práctico», proliferan por todas partes, incluidos los espacios en los que prevalece una etiqueta de desvinculación²¹. Sí, la investigación intelectual es una aventura, pero sus frutos pueden ser activos acumulables que deben protegerse contra todos los que llegan y dejar de situarse en el espíritu del trabajo inicial; y, además, ¿puede existir una práctica intelectual sostenible sin su momento de dogmatismo? Los altos directivos no tienen el monopolio de la «frase hecha».

La segunda consigna, procedente de T. S. Eliot, inscribe el llamamiento a la resistencia discursiva en un relato amplio:

Si utilizamos la perspectiva más amplia y razonable de una causa, no existe la causa perdida, porque tampoco existe la causa ganada. Luchamos por causas perdidas, porque sabemos que nuestra derrota y nuestro desaliento pueden ser el prefacio de la victoria de nuestros sucesores, aunque esa victoria sea en sí temporal; luchamos por mantener algo vivo, no por la expectativa de que algo vaya a triunfar.

Esta muestra de resolución trágica no es completamente incongruente en su nuevo escenario, aunque no sea demasiado característica de Collini. Pero el aspecto más importante del fragmento es que anuncia un tema intergeneracional recurrente en *Speaking of Universities*, que se presenta al final como el argumento culminante. En su primera aparición, marca el aspecto temporal extenso de la realidad general de la interdependencia académica, que es también espacial, a través de fronteras institucionales y nacionales²². En su última declaración, la más completa, la realidad intergeneracional ha adquirido una importancia especial y la fuerza de un imperativo ético. La interdependencia a lo largo del tiempo complica la idea de propiedad, de forma tal que:

Si algún valor tiene el reflexionar periódicamente sobre la cuestión inexplicable de a quién pertenece la universidad, quizá radique en lo siguiente: al recordarnos, en medio de circunstancias políticas y económicas difíciles, que solo somos los administradores para la presente generación de una compleja herencia intelectual que no hemos creado y que no podemos permitir que se destruya, porque no nos pertenece²³.

²¹ Paul Sartre, «A Plea for Intellectuals», *Between Existentialism and Marxism*, Londres, 1974, p. 237.

²² S. Collini, *Speaking of Universities*, cit., p. 45.

²³ *Ibid.*, p. 244.

Muy conmovedor, aunque «herencia» es un término demasiado irónico, engañosamente preso del consenso, para describir el archivo académico, que es una cosa radicalmente conflictiva, lo cual suscita una objeción asociada a la forma del argumento de Collini, cuyo *locus classicus* son las reflexiones de Edmund Burke sobre la cuestión de la Revolución Francesa. En el razonamiento de Burke, las «alianzas» que constituyen el vínculo social son de carácter familiar, de manera tal que la herencia es un tipo especial de contrato. La sociedad, escribía,

es una alianza en toda la ciencia; una alianza en todo el arte; una alianza en toda la virtud y en toda la perfección. Como los fines de dicha alianza no pueden obtenerse en muchas generaciones, se convierte no solo en una alianza entre los que están vivos, sino también entre los que viven, los que han muerto y los que aún no han nacido²⁴.

Con la debida concesión a las sutilezas jurídicas de legar y heredar, esta lógica, con la metáfora tendenciosa que la facilita, es sin embargo falaz. No puede haber alianza entre los vivos, los muertos y los no nacidos, porque solo los vivos tienen agencia en el aquí y el ahora, solo ellos tienen la capacidad de tomar y ejecutar decisiones. No tienen más aliados que ellos mismos. Pero el argumento de Burke estaba pensado precisamente para invalidar esa alianza, para evitar la democracia de los vivos en nombre de la herencia a perpetuidad, que él calificaba, ensalzándola, de «mil veces mejor que la elección». Establecer una polarización tan severa entre la responsabilidad y la elección difícilmente ayuda a la causa de Collini. Es una espada asida por la hoja, un dispositivo conservador que no puede adaptarse tan fácilmente a fines progresistas y que no hace falta que lo haga. En el plano de las premisas básicas, el hecho de la interdependencia social radical –que siempre incluye las relaciones intergeneracionales– alcanza sin duda para debilitar la lógica del *Marketcult* académico y encontrar los argumentos para defender un sistema universitario público, cooperativo y abierto. El llamamiento a la socialización objetiva de la vida sigue careciendo en gran medida, sin embargo, de una política de reconstrucción desarrollada. Las décadas de reforma neoliberal han puesto en cuestión todo el sistema y los ecos de ese cuestionamiento sobreviven a la ocasión inmediata. Al rechazar –correctamente– la lógica reductiva y deformante del *homo oeconomicus* y el pragmatismo profesional que esta fomenta y, al mismo tiempo, desincentivar –de nuevo correctamente– cualquier expectativa de deferencia a las ideas de precedencia cultural recibidas, Collini lleva a sus lectores a un terreno expuesto un campo de opciones ineludibles.

²⁴ Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*, Londres, 1968, pp. 194-195; ed. cast.: *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, Madrid, 2016.

¿Un giro socialdemócrata?

Esta es inconfundiblemente una crítica desde la izquierda, claramente anticapitalista en su condena de las actuales desigualdades sociales y económicas e insistente en el carácter pertinaz y estructural de esas desigualdades. Como tal, exige dos comentarios relacionados, el primero de ellos retrospectivo y en un obvio aspecto personal. Hace aproximadamente dieciséis años, en un intercambio con Collini publicado en la *NLR*, usé el término «quietista» para caracterizar la «crítica cultural» que él defendía, frente a mi crítica general del «discurso metacultural», «una variación» no persuadida por los llamamientos a la participación política, que en sus normas y prioridades de evaluación se inclinaba, por el contrario, a la esfera privada²⁵. Por mucho mérito que pudiera haber en esta interpretación de los textos entonces en cuestión, yo me apresuré demasiado a inferir una política general a partir de la sensibilidad inscrita en ellos²⁶. Pronto se hizo evidente –si no le quedaba ya claro a cualquiera bien informado– que como caracterización dinámica de Stefan Collini en cuanto escritor y en cuanto presencia intelectual el juicio de quietismo era erróneo. Por ironías de las circunstancias, sucedió que, justamente cuando se publicó mi texto, a finales de 2003, él estaba escribiendo «HighEdBiz: Universities and Their Publics», su respuesta mordaz a *The Future of Higher Education*, el libro blanco del gobierno de Blair, y un hito precoz en algo que se convertiría en una maratón de activismo público²⁷.

Tal vez dispongamos, sin embargo, de una caracterización más precisa, refinada y reveladora. Comienza abordando la cuestión de situar a Collini en el espectro de la izquierda ampliamente entendido. Un resumen convencional lo situaría en alguna parte del ala izquierda de la socialdemocracia, mordazmente crítico con el capitalismo y su concepción del mundo: su rechazo tanto del «crecimiento» económico entendido como

²⁵ Francis Mulhern, «What Is Cultural Criticism?», *NLR* 23, septiembre-octubre de 2003, p. 49; ed. cast.: «¿Qué es la crítica cultural?», *NLR* 23, noviembre-diciembre de 2003, p. 70. Véase mi libro *Culture/Metaculture*, Londres, 2000, y la reseña que Collini hace de él: «Hablemos de cultura», *NLR* 7, marzo-abril de 2001; F. Mulhern, «Más allá de la metacultura», *NLR* 16, septiembre-octubre de 2002, y S. Collini, «En defensa de la crítica cultural», *NLR* 18, enero-febrero de 2003, y –el último texto de la secuencia–, S. Collini, «Acerca de la variedad; y de la persuasión», *NLR* 27, julio-agosto de 2004.

²⁶ En particular, «No Bullshit” Bullshit», sobre Christopher Hitchens, *London Review of Books*, 23 de enero de 2003.

²⁷ Reimpreso en S. Collini, *Common Reading: Critics, Historians, Publics*, cit.

bien supremo obvio en el diseño de las políticas públicas, como del pragmatismo electoral entendido en tanto que forma suprema de liderazgo político marca su distancia respecto a las panaceas del centroizquierda actual²⁸. Pero el objetivo crítico de su «Socialismo» preferido (así escrito, con mayúscula) es precisamente el capitalismo «desbocado», que hay que «domesticar» pero no necesariamente eliminar, parece²⁹. Con independencia de que esta calificación se base en el principio, o en el juicio histórico, o simplemente en el hábito entrenado de la reserva, la categoría indicada sería de hecho la socialdemocracia. Pero este es un término enormemente inflado, que a lo largo del último siglo ha ido acumulando significados que varían desde las estrategias reformistas para la abolición del capitalismo hasta el neoliberalismo poslaborista de los años de Blair. Inspirándonos de nuevo en Sartre, podríamos objetar que, si bien Collini puede ser un socialdemócrata, no todos los socialdemócratas son Stefan Collini³⁰. Una caracterización más exacta tomaría una ruta más sencilla, pasando una vez más por el tema del «declinismo» y la franca resistencia de Collini al mismo.

El canon del pensamiento declinista inglés es principalmente literario – solo tenemos que pensar en la moderna «disociación de la sensibilidad» de Eliot o en la amenaza «tecnológico-benthamita» a la «continuidad» cultural de Leavis, que es en sí misma una de las muchas explicaciones catastrofistas dadas a la revolución industrial–, pero el discurso del declive ha sido generalizado, como Collini nos hace observar, no en sus propias palabras sino en las de E. H. Carr, a quien dedica un ensayo apreciativo: «La sede del pesimismo intelectual más profundo debemos buscarla en el Reino Unido», escribía Carr, porque «en ningún otro sitio es tan marcado y tan doloroso el contraste entre el esplendor del siglo XIX y la monotonía del XX, entre la superioridad del siglo XIX y la inferioridad del XX»³¹. La condición está profundamente asentada y es ineluctablemente política: el término con el que Eliot resumía todo aquello a lo que se oponía era el de «whiggismo» y Collini, como antes

²⁸ Véase el incisivo análisis sobre el aristócrata laborista Roy Jenkins, «Politician-Intellectuals», en Stefan Collini, *Common Writing: Essays on Literary Culture and Public Debate*, Oxford, 2016.

²⁹ Véase, por ejemplo, el análisis sobre R. H. Tawney en S. Collini, *English Past: Essays in History and Culture*, Oxford, 1999, p. 190.

³⁰ El sujeto original del epigrama era Paul Valéry: Jean Paul Sartre, *The Problem of Method*, Londres, 1963, p. 56.

³¹ S. Collini, «The Intellectual as Realist», *Common Reading: Critics, Historians, Publics*, cit., p. 173.

hiciera más directamente William Empson, no lo acepta. «La teoría *whig* de la historia es la correcta», había escrito Empson, «y es notable que el libro al que se le ha dado ese título no ofrezca razón alguna para pensar de otra forma al ser un mero informe sobre algunos chistes de moda en los claustros universitarios». Collini se explaya:

Empson conservó un optimismo más amplio que el que estaba de moda entre la elite literaria de la época en que la ciencia, el laicismo, la libertad y el Estado socialdemócrata avanzaban haciendo un frente común. [...]. [Sus] firmes convicciones progresistas lo convirtieron en un crítico revelador de todas las formas de pesimismo cultural³².

La colocación de los términos no hace demasiada justicia a las convicciones socialistas de Empson, que suscribió su solidaridad pública explícita con la Revolución China, y el estilo –la fecha aproximada es de 2006– suena verdaderamente *whiggish*. Pero da las coordenadas de la orientación política de Collini.

Una línea socialista liberal

La escritura de Collini une una política «progresista» (el término que él mismo utiliza) con un liberalismo cultural que da valor al archivo histórico como reserva fundamental, amorfa en el sentido positivo de que sus valencias pueden girar de una ocasión a otra, permitiendo renovaciones de percepción y valoración, y radicalmente ecléctica desde otra perspectiva, como sugiere su elección de temas: Eliot y Orwell para *Speaking of Universities*, Henry James, Nietzsche y Scholem para otros volúmenes. La «concepción idealizada de la universidad» es un epicentro de este recurso vivo, la «compañía» con la que él acostumbra a modelar los autores por los que siente aprecio. El compromiso personalista de Collini, por llamarlo de algún modo, es con la historia intelectual entendida como algo más o algo diferente de la «historia de las ideas». Este liberalismo cultural es una condición formativa de su tipo de políticas «socialistas», por muy exactamente que puedan especificarse: socialdemocracia, quizá, pero la descripción más explícita sería «socialismo liberal».

El término deriva de la historia de la izquierda italiana en la década de 1920, cuando fue acuñado por Carlo Rosselli para definir una variedad de reformismo que rompió con la herencia cultural de la Segunda Internacional,

³² S. Collini, «Smaking», *ibid.*, pp. 105-106.

comprometida con el objetivo del socialismo pero también, y de manera crucial, con los valores, los medios y los objetivos institucionales liberales. La principal inspiración de Rosselli era el movimiento laborista británico, en cuya conexión no muchos situarán mentalmente de inmediato el liberalismo cultural: el «liberalismo» histórico del laborismo fue principalmente una cuestión de inercia constitucional. Pero hubo al menos un intelectual laborista a quien podía aplicarse la calificación de «socialista liberal»: Richard Hoggart, el arnoldiano colaborador de *Tribune*. Aquí estaba el opuesto especular de una especie de cultivación socialdemócrata llamada en ocasiones «*hinterland*», el área reservada en una vida pública activa. La política, para Hoggart, era una consideración necesaria pero secundaria que debía reproducirse en términos morales, los términos de un «patrimonio» que era, en un sentido obvio, un recurso compartido y sin embargo –en palabras de Collini– «qué individual, casi íntimo»³³. Este discurso público autosublimador tiene una especie de estatus ancestral para Collini. Ha escrito sobre Hoggart, el escritor y observador crítico de la vida cotidiana, con verdadero aprecio y admiración. La idea de afiliación puede sobreinterpretar las sugerencias de la prosa, pero ahí están, y las palabras con las que concluye (estaba reseñando *Townscape with Figures*, de 1994) son un acto de canonización:

El espacio natural de Hoggart no es esa compañía internacional de analistas culturales, teóricos literarios y superestrellas académicas varias que son los intelectuales más conocidos en la actualidad. Pertenece, por el contrario, a una familia más antigua, con fuertes raíces locales y cierto orgullo por sus ancestros; entre sus antepasados se encuentran Ruskin y Lawrence, por una parte, y Cobbett y Orwell, por otra. Richard Hoggart es un moralista inglés³⁴.

La locución «socialista liberal» no tiene un valor fijo; la suma varía de acuerdo con el exponente y la situación dada. Hoggart fue un «socialista nato» declarado que pasó buena parte de su vida profesional en los niveles más elevados de la política y la administración cultural; admiraba a Orwell, de hecho, pero como confirma su currículum fue un dedicado y muy respetado miembro de la intelectualidad oficial liberal. Collini, por

³³ S. Collini, «Critical Minds», *English Pasts: Essays in History and Culture*, cit., p. 229.

³⁴ *Ibid.*, p. 230. Aproximadamente veinte años después, Collini sometió otro libro de Hoggart, *Uses of Literacy*, a un examen más estricto por su participación en la cultura declinista de la crítica literaria inglesa: S. Collini, *The Nostalgic Imagination: History in English Criticism*, cit., pp. 138-155. Pero con todas las concesiones hechas a las nuevas ideas y a los cambios de idea acumulados en veinte años, en referencia a un conjunto de obras que se extiende el doble de tiempo, la diferencia no supone un contraste tan claro como parece. Uno de los tratamientos es el análisis de un libro; el otro, la evaluación de un hombre.

el contrario, sigue mostrándose remiso a la autclasificación política, en un conocido reflejo liberal, al tiempo que mantiene una campaña pública digna de Michael Kohlhaas contra la política de educación superior establecida por el gobierno y contra los funcionarios académicos que la aplican. Hay una sugerencia de paradoja en esta distribución, explicada en cierta medida por la diferencia de contexto. Todas las organizaciones tienen sus periodos de crisis, pero sin duda ninguno de los muchos consejos y comisiones en los que sirvió Hoggart, desde *New Statesman* y la Royal Shakespeare Company hasta la UNESCO y la Universidad de Londres, sufrió las convulsiones prolongadas y sistémicas que las universidades británicas soportan desde hace más de una generación, y estas no son consecuencias imprevistas, sino objetos de política pública. Hoggart se retiró de Goldsmiths para comenzar una larga carrera como escritor justamente cuando esa secuencia de procesos estaba empezando, a comienzos de la década de 1980. Para un académico de mentalidad similar treinta años más joven, la fidelidad a la universidad liberal «ideal» no podía ser una opción distante y tampoco podría servir en forma de otro relato de declive: era, en el sentido más realista, rotunda e ineludiblemente política.

Perspectivas académicas

Y, sin embargo, incluso en sus momentos más incisivos, el razonamiento de Collini ha seguido siendo –a pesar de sí mismo– un tanto abstracto desde el punto de vista político, acusando a un sistema –el del capitalismo– y a su cultura, pero a una distancia familiar y contemplativa. La realidad abrumadora es un sistema parecido a una máquina al que hay que resistirse en nombre de una gracia heredada: el tema, introducido por Eliot, de una causa que nunca se ha perdido del todo y nunca se ha ganado definitivamente resulta no ser más que la verdad prosaica de la cuestión. Un alejamiento claro de esta tendencia contemplativa fue la carta abierta que Collini escribió a Liam Byrne, parlamentario laborista y en ese momento (2013) recién designado portavoz de la oposición para universidades³⁵. MBA por Harvard y enérgico blairista, Byrne no era el más probable ni el más comprensivo de los destinatarios, pero había dado ciertas señales de interesarse por los puntos cruciales de la política de financiación de la educación superior y Collini se movió para presentar sus argumentos. Instó a poner fin al abusivo modelo de enseñanza y

³⁵ S. Collini, *Speaking of Universities*, cit., pp. 272-275.

aprendizaje convertidos en transacción empresarial y al plan de endeudamiento asociado al mismo; solicitó una profunda revisión de los procedimientos para evaluar la investigación; y propuso la creación de un Ministerio adaptado a las necesidades y a los fines específicos de las universidades y las áreas relacionadas de la actividad cultural y científica. Y ahí se quedó. La carta nunca fue enviada, ni publicada en forma alguna hasta *Speaking of Universities*, donde aparece en un apéndice titulado «Short Work».

Breve, de hecho, y en un aspecto políticamente decisivo, de escaso peso. Las medidas que Collini ha propuesto son inobjetables –las dos primeras estaban incluidas en realidad en el programa electoral del Partido Laborista de 2019–, pero la tercera y última, dedicada a fortalecer el viejo principio de financiación pública «independiente», ilustra una significativa ausencia. No hay referencia en esta ocasión a la política institucional, a la gestión *interna* de los asuntos universitarios y, específicamente, no se menciona la degeneración burocrática de décadas anteriores: la completa asimilación del profesorado a una «alta gerencia» corporativa, la difusión hacia abajo de los nombramientos permanentes en cargos de responsabilidad, la conversión de los comités en «equipos» y demás aspectos del modelo. No es que Collini sea indiferente a estas transformaciones, y es cierto, por supuesto, que dichas cuestiones no conciernen usualmente al gobierno –a este respecto la convención de plena competencia tal vez favorezca de hecho a las preferencias burocráticas–, pero tampoco son territorio prohibido. Además, las cartas abiertas se escriben para llamar la atención de un público relativamente masivo, no la de autoridades a las que supuestamente van dirigidas, siendo la audiencia masiva principal en este caso los académicos, cuya reacción típica ante todo esto ha sido, como dice Collini, un mero «retorcimiento de manos» o sacar el mayor provecho de las cosas tal y como están y aparentemente deben estar. La denuncia anticapitalista genérica de las tendencias prevalentes en los pasados treinta años tiene mucha probabilidad de producir más de lo mismo o, en el mejor de los casos, provocar una abstención moralista del decoro lingüístico oficial a falta de cualquier otro punto de apoyo político colectivo. En esto radica la importancia de desarrollar exigencias concretas, tanto locales como generales, dirigidas a limitar y revertir el avance de la burocracia académica. Sin la formación adjunta de ese estrato directivo la mercantilización de la educación universitaria habría sido mucho más difícil, si no imposible, de alcanzar. Qué elemento del autogobierno académico pueda aún

salvarse o restaurarse o ganarse variará de un lugar a otro y de un tipo de institución a otro. En ningún caso puede afirmarse con seguridad que las perspectivas son buenas tras la debacle electoral de los laboristas en 2019 y en un momento en el que las energías militantes del sindicato de profesores universitarios, nunca demasiado grandes y ya mermadas por la legislación reaccionaria, están siendo absorbidas por las cuestiones elementales del salario, las pensiones, la carga laboral, la precarización y la igualdad en el puesto de trabajo. No obstante, un esfuerzo colectivo en este frente será parte indispensable de la lucha general para una renovación progresista del sistema universitario.